**HOMILÍA EN LA ORDENACIÓN DE PRESBÍTEROS**

**Catedral, 23 de julio de 2016**

Las tres parábolas que hemos escuchado en la proclamación del evangelio según san Mateo nos recuerdan la soberanía de Dios sobre todas las cosas y el misterio del poder de su Reino. El Señor es el dueño que siembra, el que hacer germinar, el que hace crecer la semilla hasta cotas inimaginables. El Señor es quien misteriosamente hace fermentar y crecer la masa. El Señor es quien, al final, recoge y separa el futo bueno del malo. Todo sale de sus manos y todo volverá a su seno.

Jesús nos revela el poder misterioso del Reino de Dios que es el poder del amor y la misericordia divina manifestada en sus obras. La Constitución dogmática del Concilio Vaticano II *Lumen Gentium* nos ha recordado que: “Nuestro Señor Jesús dio comienzo a la Iglesia predicando la buena nueva, es decir, la llegada del reino de Dios prometido desde siglos en la Escritura… Este reino brilla ante los hombres en la palabra, en las obras y en la presencia de Cristo. Mas como Jesús, después de haber padecido muerte de cruz por los hombres, resucitó, se presentó por ello constituido en Señor, Cristo y Sacerdote para siempre (cf. *Hch* 2,36; *Hb* 5,6; 7,17-21) y derramó sobre sus discípulos el Espíritu prometido por el Padre (cf. *Hch* 2,33). Por esto la Iglesia, enriquecida con los dones de su Fundador y observando fielmente sus preceptos de caridad, humildad y abnegación, recibe la misión de anunciar el reino de Cristo y de Dios e instaurarlo en todos los pueblos, y constituye en la tierra el germen y el principio de ese reino” (LG 5).

Es, pues, la Iglesia ese germen del Reino de Dios en el mundo que hace crecer en el mundo la justicia y la verdad, la santidad y la vida, el amor y la paz. El Señor entregó su poder a la Iglesia para que los discípulos de todos los tiempos dilatáramos el Reino de Dios por todo el mundo y lo hiciéramos crecer. También nos recordó el Concilio en la Constitución *Gaudium et spes,* que no debemos confundir el progreso material con el crecimiento del Reino de Dios aunque el progreso humano, en cuanto puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana, interesa en gran medida al reino de Dios" (*Gaudium et spes* 39).

Queridos Fernando y Luis: Esta tarde el Señor por medio de mi humilde ministerio os entregará, con el don del Espíritu Santo, el poder espiritual para realizar la misión de dilatar el Reino de Dios en este mundo como presbíteros. La misión del presbítero está orientada hacia el crecimiento del Reino de Dios. Ciertamente, el compromiso con la misión es lo que da sentido y unifica la vida del presbítero, pues, hacia la misión se orienta todo lo que vais a realizar: La predicación de la palabra, la celebración de los sacramentos, especialmente el de la eucaristía y el servicio a la dirección de la comunidad cristiana.

El Directorio para la vida y el ministerio de los presbíteros afirma con claridad: “El ímpetu misionero forma parte constitutiva de la existencia del sacerdote —que está llamado a hacerse “pan partido para la vida del mundo”—, porque «la misión primera y fundamental que recibimos de los santos Misterios que celebramos es la de dar testimonio con nuestra vida. El asombro por el don que Dios nos ha hecho en Cristo infunde en nuestra vida un dinamismo nuevo, comprometiéndonos a ser testigos de su amor. Nos convertimos en testigos cuando, por nuestras acciones, palabras y modo de ser, aparece Otro y se comunica” (Directorio para el ministerio de los presbíteros nº 16).

El Santo Padre Francisco insiste constantemente en la necesidad de renovar la vida de la Iglesia desde el criterio de la misión. Dice en *Evangelii gaudium* que: “La Iglesia en salida es la comunidad de discípulos misioneros que primerean, que se involucran, que acompañan, que fructifican y festejan” (EG 24). Los presbíteros, unidos al obispo y comunión de acción con los demás hermanos han de ser los primeros en asumir la misión de extender el Reino de Dios por todas las partes porque su oficio es un oficio de amor y esto consiste en amar de verdad y en enseñar a amar.

Por tanto, queridos hermanos, no contempléis el ministerio que hoy el Señor pone en vuestras manos como un don para vosotros, para vuestro prestigio personal o social sino como una tarea al servicio del Reino de Dios, de la comunidad eclesial y del mundo. Para realizar esto debéis estar dispuesto siempre, con la ayuda de la gracia, a la entrega y la disponibilidad, al servicio y la abnegación. Evitad por todos los medios a vuestro alcance que el enemigo siembre el vuestro corazón la semilla del egoísmo que os empujará a encerraros en vosotros mismos, aislándoos del resto de hermanos y a creeros superiores a los demás por el don que habéis recibido. No busquéis ser autorreferenciales, como nos dice el Papa Francisco, o vivir cómodamente esperando a que la gente venga a vosotros. El sacerdote que se entrega a la misión y a la construcción del Reino de Dios no se encierra sino que se abre al mundo, dialoga con él, comprendiendo con misericordia sus problemas, y se siente impulsado a comprometerse con las angustias y los dolores y con las esperanzas e ilusiones de las personas a la que sirve.

No perdáis nunca de vista que la evangelización de los pobres es uno de los signos en los que se manifiesta la autenticidad de la misión. Los pobres son los preferidos en el Reino de Cristo. Ellos han de ser nuestros amigos y los primeros destinatarios del evangelio. Procurad que en las parroquias a las que vais a servir nadie pase necesidad, sobre todo que nadie pase necesidad espiritual.

La diócesis de Astorga se alegra inmensamente esta tarde por vuestra entrega y valentía para asumir la responsabilidad de responder positivamente a la llamada del Señor. Damos gracias a Dios por ello, a vuestros padres, al Seminario de Astorga y al de Santiago de Compostela y a tantas personas que os han ayudado a discernir la voluntad del Señor. La Diócesis seguirá acompañándoos a través del diálogo frecuente y la compañía del obispo, de los hermanos sacerdotes y de muchos fieles que serán para vosotros amigos como aquellos amigos del Señor en la casa de Betania. Sobre todo será el Espíritu Santo, dulce huésped del alma, quien os acompañará en la misión. El será quien os enriquezca con sus dones y el que con su fuerza hará prósperas las obras de vuestras manos. Por tanto, no dudéis en dejaros guiar y pedir al Espíritu Santo, Señor y dador de vida, aliento en el cansancio, luz para discernir la voluntad y gracia para renovar cada día el sí que hoy prometéis a Dios y a la Iglesia.

¡Qué la Santísima Virgen María y Santo Toribio nuestro patrono os protejan y acompañen en la nueva misión que hoy recibís!

† Juan Antonio, obispo de Astorga